

Introspectiva de ninguna parte

JSMartín FLOR



Capítulo 1

introspectiva de ninguna parte
¿Como volar por encima de la noche y respirar fuera de ningún sitio? La ciudad esta poblada por lugares fotografiados en el aislamiento y ningún sitio es cada vez lo mas apropiado para abonarse al abandono. Alterno sueños de ida y vuelta en un desfile de brillos, cerraduras y pelotitas de fuego de ninguna parte. Incumplo la cita inapelable con mi destino pero llego a tiempo para el postrero apretón de manos. Para descaminar para atrás mirando hacia adelante. Lo mejor que puedo hacer es esconderme de cualquier evasión corporal y encerrarme en el espiral resplandeciente del amanecer que esta por llegar. En ningún sitio la fruta cambia de color envuelta en papel periódico. Le arranco un pellizco a mi sistema nervioso al ver mi Obra Maestra reflejada en los turbios charcos que se forman por las alcantarillas taponadas. Mi infancia interior crece con ojos perspicaces concentrando toda su atención en un punto indeterminado del cielo, volviendo comestible mi ternura, interrumpiendo con remolques de silencio mi ortografía. Las nubes son figuras geométricas que perfeccionan sus profundidades multiplicando sus lados al invertir sus puntos opuestos. Ahogarme en la repetición de mi propia música neutraliza mis sentidos y abre una galería de luz entre un episodio de nubes y la flácida corteza del cielo. Un olor a guayaba sale de las orejas de los niños y las niñas que son capaces de hacer un estudio preciso de la morfología de las grietas que han bombardeado los parques en los últimos ciento veinte años. Bogotá esta contaminada por muros, paredes y tapias traídos de ciudades extranjeras; por alambres, asfalto sucio y tarros de basura ocultos en las maletas de paseantes de ninguna parte. Las puertas y las escaleras sirven para soñar gratis y el que cae tiene altas posibilidades de subir. En la altura imposible la pompa de jabón rebota contra el espejo. Mi voz arroja la reticencia de la noche, arrugada en las fachadas de los comercios, delirante en su conversación irremediable con la bruma. Los matorrales crean una retícula de luz y

resplandores que tensa el arco de mi fuerza interior. Aguanto el aire y cuento de 100 hasta 1. La profundidad de mi cuerpo espesa su savia engrasando mi sonrisa. Mientras la noche vuelve añicos a Bogotá yo transito por herencias y códigos genéticos. Los lugares que jamás visitaré me toman de la mano empujándome por jardines de alélies y girasoles. En sueños las calles hablan con señas acerca de puertas y pasajes olvidados. Los parques duermen distorsionando su presencia en diáfanos senderos, en macetas rotas, en andenes quebrados por las raíces de los eucaliptos. En ningún sitio he olvidado aquella noche que nos separamos entre cañaverales y montañas, mis ojos llenos de agua aun sostienen esas cejas que delineaste con tus dedos, detrás de los edificios apagados la noche nunca termina de ocultar los brotes y retoños de nuestra vida que sigue flotando en el aljibe de la dicha, el agua fresca limpió el barro de tu cuerpo y calmó la sed de tus labios temblorosos. Juego a saltar para abajo para caer lentamente hacia arriba. Juego a regresar por primera vez. Luchar por desvivirme es saltar al vacío. Para completar las frases que hacen falta para comprender el discurso de vida que se cuele por mis entrañas abrevio las palabras que se acurrucan debajo de mi piel dorada. Palabras que se repiten desde puentes y obeliscos. Palabras invisibles de la arritmia sublime que derrite los portales de mis papilas gustativas. Al reír enrosco la lengua fuera de la boca mientras me lamo el mentón con el fin de enraizar el bostezo cósmico que viene siendo la única guía sensible que poseo para irme mas allá de la desobediencia social y el vértigo material. En ningún sitio me reúno con todas mis madres para construir ventanas de arena en una playa negra, me platican acerca de selvas vírgenes, de ermitaños que viven en fortalezas de hojas secas, de trágicas castidades mientras se cubren el rostro con baba de caracol. Mi fisionomía mal recortada ondula sobre un potrero de pedruscos hundiéndose en el resorte de la transparencia. La asistencia cotidiana de silencio desnuda la extraña mueca sobre los pliegues de mi frente, las mil formas del maltrato visual taponan mi garganta. Me duelen los

tímpanos al ceñirme unos pantalones que cada día me quedan mas
apretados, siento comezón
en las pupilas al limpiar mis innecesarias gafas oscuras. Al comerme las
uñas aumento la falta
de sensibilidad en mis dedos. Para convivir con los polos opuestos hay que
falsificar un registro
de nacimiento con los datos de alguien que no haya nacido y
desmoronarse en silbidos de
ala, desabotonarse el ojal de la boca y trisar y trisar con ganas estando lo
mas alejado de los
puentes y las maquinas traga monedas. En ningún sitio se detienen los
viajeros que pasmados
por el cansancio buscan en los bolsillos de las antenas y las torres de
electricidad nidos de
palomas y canciones sonsas que arrullen su desvelo cuando las noches se
vuelven luz, artículos
de revistas especializadas y publicidad del supermercado. Escuchó la
prolongación de los
edificios de aluminio y acero arrastrar unos muros de hormigón que pesan
demasiado. Me siento
irreemplazable y sé que alguien puede hacer todo lo que hago mucho
mejor. Migajas de estupor
caen por el precipicio de mi espalda. Las arrugas y las bolsas alrededor de
mis ojos delatan las
falencias de la eternidad de mi cuerpo. Para despedirme del mundo
claudico en un derroche
de arboles donde despeño los mecanismos patológicos de mi carne por el
barranco de mi
animalidad. Le prendo fuego a la hora oficial de mis debilidades cribando
lo profundo de mi vida

en las imágenes repetidas de mi deseo que dan vueltas en el cielo como
incorpóreas aves de
rapiña.